

TARDE XLVIII

LAS PASIONES

Cual potro desenfrenado
Es el hombre en su pasión,
Si la sensata razón
Dominarle no ha logrado.
Toda su vida abrumado
Se verá en duras cadenas;
Desgracias suyas y ajenas
Á millares causará;
Siempre le circundará
Serie infinita de penas.

El cansancio del baile sumergió á los niños en tan profundo sueño, que á la mañana siguiente le fué preciso á Palemon ir de cama en cama despertándolos. Cada uno se quejaba de dolores ya en las piernas, ya en los brazos, ya en todo el cuerpo. Durante el desayuno fueron minuciosamente analizando las diversiones del día anterior, disfrutando un nuevo placer en recordarlas; solo Leon guardaba un profundo silencio, porque estaba perdidamente enamorado, y un poeta con amores es mas sensible que cualquiera otro amante vulgar. Si se trataba de Rosalía hablaba con cautela temiendo revelar sus sentimientos; huía de sus hermanos y semejante á los pastores de la Arcadia, iba á suspirar á la orilla del arroyo que atravesaba la huerta.

Los demas, no atreviéndose á zumbarle, reíanse de él á carcaja-

das cuando no los oia, y Palemon al saber el motivo los acompañaba tambien en su risa.

Á mediodía llegó Mr. Lucas como habia prometido; los acompañó á comer y hablaron largamente en elogio de Mr. Leclerc y de toda su apreciable familia: llegada la tarde le rogaron fuese su historia, ya que la hacian interesante las desgracias que por una violenta pasion se habia causado á sí mismo; y deseando darles gusto, y por si su historia podia servirles de saludable ejemplo, refirió sus vicisitudes en la forma siguiente:

Historia de Mr. Lucas.

Yo, amigos míos, fui tambien jóven como vosotros, y en aquel tiempo hice tantas locuras como el que mas. Perdí mis padres desde muy niño, y quedé al cargo de un tutor que me daba todo el dinero que queria, y por tanto me entregaba ciegamente á la disipacion y á los placeres de mi edad, cuando el amor vino á arreglar mi conducta y mis inclinaciones. Vivía en Paris y frecuentaba mucho las Tullerías, paseo el mas hermoso y concurrido en aquel tiempo. Allí vi un dia á una jóven, cuyas gracias personales arrebataron toda mi atencion. Iba en compañía de una señora anciana, que presumí sería su madre ó alguna parienta. Paseáronse largo rato, y yo di las mismas vueltas que ellas: al fin se retiraron, y las seguí á lo léjos hasta la calle de San Honorato, donde vivian. Al dia siguiente procuré informarme en la vecindad de quiénes eran estas señoras. Dijéronme que la jóven se llamaba Luisa, que vivía con su madre y un tio muy anciano: que era custodiada con mucho desvelo; porque siendo como era hermosa y rica, sus gentes trataban de establecerla ventajosamente, y temian los lazos de la seduccion. Con estas noticias procuré y conseguí ganar la confianza de una criada llamada Julia, por la cual supe que esperaban un maestro de lengua italiana para Luisa, el cual se habia encargado de proporcionarla el comendador Erville, primo de la señorita, que habitaba en una casa de campo. Á fuerza de oro hice amistad con el ama de este señor, y conseguí que arrancase á su amo una carta de recomendacion para el maestro, que se me entregase, y se despidiese á aquel, suponiendo no era ya necesario. En representacion del maestro italiano me presenté á madama Volange, y le entregué la carta de recomendacion del comendador su sobrino. La anciana me recibió muy bien, y me encargó la mayor decencia cuando diese lec-

cion á su hija, previniéndome al mismo tiempo que no le hiciese leer libro alguno que tratase de amores. Prometilo todo, y desde este momento di continuas lecciones á la bella Luisa, que permaneció algun tiempo sin sospechar que yo fuese su amante encubierto. Me atreví un dia á revelarles mi secreto, y quedé fuera de mí al hallar á esta jóven sensible y agradecida á los extremos de mi amor. Me aseguró que la misma opresion en que la tenian, no hacia mas que excitar la fuerza de sus pasiones; y ademas de esto, Julia ya le habia dicho quién era el fingido maestro italiano. Luisa me amaba, me lo decia, y al mismo tiempo lloraba considerando que sin nacimiento distinguido, y sin grandes bienes, era imposible que yo llegase á ser esposo suyo. Procuré tranquilizarla; estaba enamorado, y nada se me ponía por delante... Confieso que todo esto fué una criminal intriga. Hubo ocasiones; el amor habló demasiado á los sentidos, nos extraviámos, y al cabo de algun tiempo Luisa me anunció las resultas de nuestra locura. Para mayor desgracia, el comendador Erville vino á Paris, dijo á madama Volange que yo no era su recomendado, y fui lanzado de la casa con tanta confusion que temí verme puesto en una cárcel. Tambien Julia fué despedida. Sin embargo de todo lo ocurrido, no desmayé en mi empresa. Julia tuvo maña para ganar é instruir á la nueva criada que la sustituyó, llamada Francisca; prometió esta que nos ayudaria en todo; pero ni ella ni Luisa podian imaginar el método de vida que con su hija empezó á observar madama Volange, la cual, suponiendo que yo sería amante de Luisa, y que esta me correspondia, trató de no perderla de vista durante el dia, y por la noche la encerraba, juntamente con su criada, en una sala que estaba inmediata á su misma habitacion.

¿Qué se habia de hacer en tan estrecha situacion? Yo, á lo ménos, debia salvar el honor de una señorita con quien no podia casarme; ella me lo suplicaba con instancias por medio de su criada, que me escribia con cierto artificio en que habíamos convenido: y como la delicadeza me imponia el deber mas estrecho en esta parte, tomé pues el partido que mejor me pareció. Junto á la casa de madama Volange habia otra, construida bajo el mismo plan, pues ambas pertenecieron á un mismo dueño; este las vendió separadas, y por consiguiente se habian tapiado todas las puertas de comunicacion de una casa á otra. En dicha casa, y en el mismo piso en que habitaba Luisa, tuve la dicha de alquilar una habitacion, de modo que solo una simple pared me separaba

de mi querida. Me lisonjeaba de que abriendo un agujero en la pared podria hablar á Luisa, consolarla, y tomar las providencias necesarias para evitar que se comprometiese su reputacion; y fui harto feliz, pues hallé la puerta de comunicacion tapiada con un solo tabique muy delgado por la parte que yo habitaba. Quité con cuidado los ladrillos, y abrí la puerta; cuando estuvo acabada esta operacion, me puse á escuchar y oí hablar á Luisa con su criada; entónces la llamé, y me di á conocer: dijela lo que habia hecho, y que por su parte hiciera á lo ménos una abertura capaz para el paso de una persona, pues era tambien muy endeble el tabique que habia por la parte en que ella se hallaba. En fin, para no cansaros, baste decir que nos pusimos en comunicacion. Yo tenia gran cuidado de no salir de dia sino lo muy preciso, y disfrazándome; y ademas habia mudado de nombre, para que madama Volange no supiera que era yo su vecino. Todas las noches veia á Luisa delante de Francisca, y prometia socorrerla á todo trance cuando llegase el momento. Llegó pues esta hora tan temida. Luisa habia disimulado su situacion con tal cautela, que nadie la habia recelado; y ayudado de mi ama de gobierno, en quien tenia entera confianza, y de Francisca, recibí de mano de esta en mis brazos el fruto de nuestros amores por la abertura del tabique, que quedaba cubierto con un cuadro. Luisa fingió una indisposicion y así pudo estar en cama algunos dias, durante los cuales la puerta y tabiques volvieron á ponerse como anteriormente estaban; y todo esto se ejecutó con tanta felicidad, que el suceso quedó enteramente sepultado entre Luisa, Francisca, mi ama de gobierno y yo, pues ni aun Julia tuvo noticia de ello. Pasado un mes, madama Volange llevó á su hija al campo; desde donde desgracias inesperadas las precisaron á pasar á América, y á poco tiempo tuve el sentimiento de saber que Luisa habia muerto en la travesía. Mucho lloré su pérdida; y como nuestro secreto quedaba ya oculto para siempre, no pensé sino en educar á la preciosa hija que Luisa me habia dado, para lo cual tambien eran precisas algunas precauciones. Tenia yo un tio muy rico, pero muy severo en orden á costumbres, el cual me prometió todos sus bienes si me casaba con quien él quisiese. No tardó en proponerme una boda, que resistí largo tiempo; pero reflexionando que un casamiento ventajoso me proporcionaria medios para mejorar la suerte de mi amada Luisita, consentí en casarme con Eusebia Laroche, hija de un rico asentista. Fui bastante feliz con mi esposa, que me dió un hijo; pero ella murió

luego. Sin embargo, todavia no podia yo educar libremente á mi hija, teniéndola en mi compañía; porque mi tio amaba tanto á su sobrinito, que me habria desheredado á saber que debia partir algun dia sus bienes y los míos con una hija mia, fruto de un amor infeliz. Puse pues á Luisita en una casa de pensionistas, con nombre supuesto; y cuando llegó á los diez y seis años, la confié á una viuda amiga mia, que la cuidó como si fuera hija suya. Temiendo alguna indiscrecion de mi Luisa, nunca le habia manifestado que yo era su padre, y pasaba á sus ojos por un protector suyo y de sus padres, cuyos nombres y suerte ignoraba la pobre jóven. Para evitar sospechas, la veia muy pocas veces, y todo iba en esta parte muy á mi gusto; pero en mi casa no era feliz. Mi hijo anunciaba ya que sería muy malo: mimado sobremanera por su abuelo, despreciaba mi autoridad, y se complacia en jugarme pasadas demasiado fuertes para su edad. Cuando tuvo diez y ocho años le dominaron las pasiones; yo no le daba dinero suficiente para satisfacerlas, pero él me lo robaba; y si lo advertia y le reprendia, se ponía furioso. Entre otros, un dia me dió mucho que sentir, y le dije que le haria sufrir todo el peso de mi enojo; pero el tal caballero tuvo atrevimiento de amenazarme con que sentaria plaza para vengarse: y en efecto, lo hizo creyendo darme mas que sentir por este medio; pero se equivocó mucho, pues me fué muy lisonjero el desembarazarme de un pícaro; y cuando ya arrepentido y lloroso vino á suplicarme le alcanzase la libertad, me negué y le obligué á seguir su destino. Por esta razon creia yo que mi hijo estaba muy léjos de mí, pero su abuelo le habia libertado; y, lo que era peor, detestaba delante de su nieto lo que ambos llamaban dureza y crueldad mia. Supe esta necedad, porque al entrar un dia á visitar á su abuelo, vi un jóven que al descubrirme se ocultó en un gabinete; mas ya habia conocido yo quién era. Reprendí seriamente al anciano su condescendencia, y me entregó al muchacho, saliendo garante de su docilidad y buena conducta en lo sucesivo.

Efectivamente, durante algun tiempo varió de conducta: era ménos aturdido, ménos disipador, y noté que andaba triste, suspirando á cada punto, y muy pensativo, de lo que inferí que le dominaba alguna pasion oculta. No podia dudar que amaba; ¿pero á quién? Muchas veces le aplaudia su conducta, y le preguntaba sobre el estado de su corazon, á lo que me respondia que el matrimonio era lo que únicamente podia fijarle. Pues bien, le dije, yo te buscaré alguna óven amable que pueda ser digna

compañera tuya; pero él, al oír esto, volvía al otro lado la cabeza y huía de mi presencia. Le propuse varios partidos ventajosísimos y todos los desechó. Indignado de esta indiferencia, para un estado que él mismo decía convenirle, le reprendí severísimamente, previniéndole que si estaba apasionado por alguna persona indigna de su mano, jamás obtendría mi consentimiento para casarse. Conocía yo á fondo la poca delicadeza de mi hijo, y sabía que era capaz de unirse con cualquiera de esas mujeres de costumbres perdidas, cuya sociedad hacía mucho tiempo que él conocía. No volvimos á hablar mas de casamiento; pero pasaba fuera de casa días enteros, y una gran parte de las noches. Era mas dulce, mas sumiso y respetuoso; pero disipadísimo, y sobre todo muy reservado. Cuando yo estaba discurriendo medios para saber qué le traía tan entretenido, me hallé con una esquila de mi suegro, en que me decía que fuese inmediatamente á verle para tratar de un asunto de la mayor importancia. Fui al punto á su casa, donde quedé atónito de hallar un notario ocupado en extender unos contratos matrimoniales.

Lo mismo fué entrar, que mi suegro, con tono colérico, me dijo: ¿no os habia yo prevenido mil veces que la errabais en tratar con tanto rigor á vuestro hijo? ¡bellas resultas ha producido vuestra crueldad! —¿Pues qué ha hecho de nuevo? — Á la verdad que si yo no fuera tan bueno como soy, enviaria al diablo toda vuestra familia, que no me da sino pesadumbres; pero ya le he perdonado y aun he prometido que vos tambien le perdonarais y consentiriais en todo, y es preciso que no me dejéis desairado. — Pero, señor, ¿qué he de perdonar? ¿qué he de consentir? — Habéis de consentir en un matrimonio pronto para salvar el honor de una niña bellísima y de muy buenas prendas. — ¿De una niña? explicaos. — La ha robado. — ¿Quién? — Mi nieto. — ¿Como? — ¿No oís que vuestro hijo esta misma noche ha robado de su casa una muchacha muy hermosa? — ¡Y bien!... — ¡Y bien! es preciso casarlos; yo no creo que haya otro medio para evitar el escándalo, y proceder conforme á los buenos principios. — ¿Pero quién es esa mujer? — Es una jóven... vaya, es preciosa; se ha arrojado llorando á mis piés, y me ha llamado su padre, su libertador, su protector, y qué sé yo... El bribon bien sabía lo que hacía trayéndola á mi casa, y no á la vuestra. — ¿Pero cómo ha pasado todo eso? — Ciertamente que yo lo sabía ya, no puedo negarlo. Hace mas de dos meses que mi nieto me dijo que estaba enamorado de la criatura mas bella de todo el mundo; no

tiene bienes ni familia conocida, y por esto le aconsejé que no pensase en casarse con ella, ni os hablase nada en esta materia; pero á pesar de todo no se ha detenido, y esta mañana me la ha traído. ¡Es cierto que tiene la cara mas linda!... Yo me he enternecido; y el bribonzuelo ha jurado que se mataría si hoy mismo no se casaba con su Dulcinea. Yo se lo he prometido, y por lo mismo os he llamado para que firméis los contratos. — ¿Pero sin verla? — Nunca se atreverá á presentarse á vuestros ojos sin que se pueda llamar nuera vuestra. — ¿Y por qué? — Ya sabréis los motivos. — ¿Pero su nombre, su estado, su conducta, sus parientes? — Yo estoy bien informado de todo, y esto basta. — Sin embargo... — ¡Qué sin embargo? ¿me tenéis por tan poco juicioso, que quisiera introducir en vuestra casa á quien no lo mereciese? ¿soy algun majadero, algun insensato? — No digo yo eso; pero si conociese á esa señorita, si la viese, si la hablase... — No tratamos de eso: ¿queréis hacer venturoso á vuestro hijo? ¿Qué importa que la muchacha no tenga bienes? Yo tengo sobrados para todos; y desde luego doto en veinte mil libras á esa criatura que tanto me ha interesado; y á mas de esto señalo á los dos para su manutencion mil escudos anuales si consentís en su matrimonio; y despues de mi muerte heredarán cuanto tengo: ¿qué tal? parece que no os desagrada la proposicion; no es mal partido por una simple firma. — ¿Pero cuándo se ha visto que un padre case á su hijo sin saber con quién? — Pero, pero... ¡válgame Dios! No he visto hombre mas duro y desconfiado. Ea pues, ó firmad el contrato, ó reñimos para siempre. — Ciertamente señor... veo que estáis ciego con mi hijo. — No estoy ciego con vuestro hijo, sino con su mujer: ¡qué gracia! ¡qué modestia! ¡ah! seremos demasiado felices poseyendo semejante tesoro.

En otra situacion me hubiera reído del entusiasmo de mi suegro; pero el buen hombre estaba alargándome la pluma, sin cesar de instarme para que firmase el contrato, ni permitirme que viese la firma de la novia. No dejaba de repetirme las sonoras voces de herencia, escudos, miles... en fin, me resolví, reflexionando que si la nuera no me convenia, la despediria de mi casa, y ella y su marido se irían á vivir con su abuelo; y aunque en este caso, decía yo, no veré mas á mi hijo, viviré seguro de su fortuna, y nunca podrá culparme de haberle reducido á la miseria. Está muy bien, dije por fin á mi suegro, firmo ciegamente el contrato, y celebro daros esta prueba mas de mi sumision y confianza.

Firmé, pues; y el viejo, lleno de regocijo, me abrazó, me hizo mil caricias, y añadió: Ahora que ya no podéis desdeciros, sabed que conocéis á la señorita. — ¿La conozco? — Sí por cierto; y se os han ocultado su presencia y su nombre, porque no se hubiera atrevido jamas á presentarse á vuestros ojos, despues de haberse dejado robar por un jóven.... Ahora la veréis, y quedaréis pasado con la agradable sorpresa que voy á proporcionaros. Venid acá, muchachos, venid á besar los piés á vuestro padre.

Abrióse entónces una puerta, y mi hijo corrió precipitado á mis brazos, juntamente con una jóven que exclamó: ¡ Mi digno bienhechor! ¿ me perdonáis el haberme atrevido á ser hija vuestra? El rayo que cae á los piés del descuidado caminante, no le causa revolucion tan fuerte como la que en mí produjo la vista de esta jóven, que era mi verdadera hija Luisa. — ¡ Cielos! dije: ¡ mi hija! — Seguramente que ahora lo es, dijo mi suegro muy regocijado; y yo le contesté: ¿ Qué habéis hecho? ¿ sabéis quién es esta jóven? ¿ sabéis qué esposa dais á mi hijo? su misma hermana. — ¡ Su hermana! — Sí, su hermana, hija de un amor infeliz, y á la que he educado ocultamente.

Todos quedaron petrificados; yo conté sucintamente la historia de mis amores con Luisa de Volange, y los motivos que me obligaron á ocultar sus consecuencias, con lo que todos quedaron confundidos. Mi hija lloraba; mi hijo estaba desesperado, y mi suegro se estremecía de horror, porque el mal no podia remediarse sino con el matrimonio, y este era imposible; pero en vez de consolarme me llenó de injurias, y cambiando de repente en odio todo su amor al nieto, se retiró diciendo: Huid de esta casa; nunca volváis á ella, ni esperéis de mí el mas leve socorro. Salí, pues, de casa de mi suegro con mis hijos; y á la mañana siguiente supe que habia hecho testamento, disponiendo de todos sus bienes en favor de una hija que tenia casada en América. No fué solo este el mal que hizo, sino que refirió el caso á mi tío, y este, que era un fanático, me desheredó, fundando con sus bienes una obra pia. Yo no me atrevia á tener juntos en una casa á mis hijos; pero ántes que tomara providencia en esta parte, la tomó mi hijo robándome cuanto pudo, que fué mucho, y desapareciendo una noche, sin que jamas haya vuelto á saber de él. Así que huyó, mi suegro reclamó el dote de su hija, y me implicó en un pleito dispendioso que perdí. Entre tanto mi hija, consumida por la pasion que alimentaba, cayó en tal languidez, que en pocos meses la condujo al sepulcro. Vime, pues, solo en el mundo, enfer-

mo, y casi enteramente arruinado. Finalmente, vendí lo poco que me quedaba, y con el producto me formé una corta renta vitalicia, con la que á duras penas subsisto. En el tiempo de mis infortunios, los únicos que me consolaron fueron Mr. y madama Leclerc, á quienes estaré eternamente agradecido. Ved aquí, hijos míos, los dolorosos sucesos que me han llenado de amargura, y casi de miseria. Un hijo desnaturalizado, un suegro rico y vengativo, y un tío caprichudo han causado todos mis tormentos, consecuencias bien merecidas de mis juveniles excesos, que nos han hecho infelices á Luisa Volange, á su hija, á mi hijo y á mí. El vicio nunca puede ser largo tiempo feliz; es preciso que mas ó ménos tarde reciba el justo castigo. Sigamos pues el camino de la virtud. Amemos, sí; pero á vista y direccion de nuestros padres, y con un objeto legítimo.

Así terminó la relacion de sus desgracias Mr. Lucas, despidiéndose en seguida de la familia de Palemon, Nuestros jóvenes, que habian quedado solos con su padre, hablaron largo rato de esta historia, que los habia llenado de horror. Esto dió motivo á Palemon para deplorar la suerte de las jóvenes imprudentes que, como Luisa de Volange, sin noticia de sus padres entregan su corazon á seductores que las deshonoran; recargó el cuadro de un mal hijo, y de la debilidad culpable de un padre ó de un tío preocupado: en una palabra, su discurso, pronunciado con la mayor dulzura, hizo una profunda impresion en sus jóvenes oyentes, que se propusieron revelarles en adelante hasta sus mas mínimos pensamientos. En la tarde siguiente veremos el efecto que produjo en ellos la historia que se acaba de leer; pero no debo concluir esta tarde, sin añadir una cosa que sin duda será muy agradable á mis lectores.

Ántes que se retirasen del terrazo, Marcela trajo á Palemon una carta que leyó en alta voz, y decia así:

« Amigo mio: Al fin puedo comunicaros una noticia que os será » gustosa, atendido el interes que repetidas veces me habéis manifestado. He descubierto al hombre invisible, mi bienhechor, » mi tirano, como queráis llamarle, que me causaba tantas inquietudes. Ahora me hallo tranquilo y feliz, pero no puede haber historia mas interesante que la mia, añadiéndole lo que os » falta saber. Luego que haya concluido algunos negocios que » me ocupan, iré á veros, y á presencia de vuestra amable familia referiré las maravillosas aventuras que me han sucedido

» desde nuestra última vista. Abrazad en mi nombre á vuestros
» hijos, y esperadme á lo mas dentro de diez dias. —*Lonchamps.* »

Es indecible la alegría que causó á nuestros jóvenes amigos la lectura de esta carta. Mucho les habia entretenido la historia del hombre invisible, que se ha leido anteriormente en esta obra, y sentian infinito no saber su conclusion. Ahora se les prometia, y se habia excitado mas su curiosidad. Vamos pues á esperar con ellos la vuelta de Mr. de Lonchamps, que no tardará mucho; y entre tanto oigamos una sesion que tuvieron los muchachos acerca de un objeto muy importante, que nos interesará tanto como á ellos.

TARDE XLIX

LAS CONFIANZAS.

Tu secreto reservar
De todo el mundo procura,
Mas advierte que es locura
Tratárselo de ocultar
Á aquel que te puede dar
Saludables instrucciones :
Para escuchar sus lecciones
Depositado en su pecho,
Reconociendo el derecho
De dirigir tus acciones.

Á la mañana siguiente, Armando, dándose la importancia de hermano mayor, llamó á Benito, Leon y Julio á su cuarto, y cuando todos cuatro estuvieron juntos les dijo : Deseo tomar vuestro parecer, mis queridos hermanos, en un asunto sumamente importante. La historia de Mr. Lúcas me ha hecho reflexionar que tanto en ella como en otras muchas que nos han referido, se encuentran amantes que se casan sin noticia de sus padres; padres y madres que no conociendo las inclinaciones de sus hijos han tratado de sacrificarlos á la ambicion ó al interes; de todo lo cual se han originado eternos pesares, disgustos sin fin y á veces desgracias irreparables : en todos estos sucesos ha tenido no poca parte el orgullo, la obstinacion, la desconfianza, y por consiguiente la falta de franqueza y sumision de los hijos para con sus padres.